

ADICTO A ROBAR

-Buenas, soy Alex, también conocido como el americano, y soy adicto a robar.

Mientras observa unos papeles el psicólogo le pregunta:

-Hola Alex, cuéntenos cómo comenzó esta extraña adicción.

Todos los participantes de la terapia grupal dirigen su mirada a él.

-Todo comenzó cuando las tiendas que más dinero guardaban en la caja tenían muy poca seguridad. Yo en busca de un poco de dinero para gastar en mis caprichos comencé a trazar un plan para robar todo el dinero que contenía la caja de un estanco a las afueras de Bilbao. En este caso era un trabajo fácil: entrar, apuntar y amenazar al dependiente, esperar a que te dé el dinero y salir pitando de allí. Desde aquel primer atraco sentía la necesidad de comprar lujos innecesarios, un rolex, una cadena de oro, trajes a medida etc. Para saciar esa necesidad de superioridad a partir del consumo comencé a atracar estancos y licorerías, una tras otra, me hacía más o menos tres o cuatro establecimientos a la semana, digamos que en ese momento no era adicto a robar, si no a alimentar mi ego con objetos innecesarios que lo único que hacían era apartarme de la verdadera felicidad.

-Cof, cof- un estornudo de parte de uno de los integrantes interrumpe la historia.

Alex retoma la historia:

-Tras un año cometiendo hurtos en estancos y licorerías que me requerían mucho esfuerzo comencé a buscar una alternativa de trabajo más rentable.

Un viejo amigo contactó conmigo porque buscaba un compañero para un trabajo que tomaría lugar en un banco justo en el centro de Bilbao. El plan no era complicado, entrar a primera hora de la mañana sin montar mucho jaleo, apuntar a los dependientes con nuestras armas y amenazarlos para que nos abrieran la recámara, no teníamos ningún método para controlar el tiempo y se me ocurrió llevar un radiocasete y poner una canción de aproximadamente cuatro minutos, cuando la canción se estuviese acabando significaría que ya era hora de abandonar la zona.

Tras unos días de planificación a primera hora de la mañana de un martes nos dirigimos a llevar a cabo el plan. Nada más entrar y darle play al radiocasete me transporté a una de esas películas de Hollywood que con solo oír su banda sonora te transmite una adrenalina brutal. Aquella experiencia fue una de las mejores experiencias que había vivido nunca, fue como un chute de placer incomparable. Desde ese momento esa experiencia se convirtió en mi droga, cada día sentía la necesidad de atracar una de esas sucursales bancarias.

Al principio siempre llamaba a mi amigo y quedabamos un día para hacer el trabajo, más tarde, cuando veía que no estaba disponible cuando yo lo solicitaba comencé a robar los bancos yo solo para saciar el mono que me generaba estar mucho tiempo sin sentir lo que sentía con los atracos a bancos. No hay droga existente que defina la sensación de bienestar, adrenalina y placer que me generaba atracar un banco junto a mi radiocasete.

El primer asalto con la única compañía de mi radiocasete fue un poco complicada, el modus operandi era el mismo que los anteriores pero en este un guardia se reveló y me propino un buen disparo en la cadera, al verme en aquel percal le devolví el disparo y salí pitando de allí sin ningún botín y con un regalito de parte del agente de seguridad, -se levanta la camisa para enseñar a los participantes la escalofriante cicatriz- un regalito de por vida.

Toma la palabra un participante que asombrado por la historia habla tartamudeando:

-Y, ¿có-có-om có-cómo le con-con-se-seguiste ir a-al médico?

Alex toma un vaso de agua y le da un sorbo, a continuación procede a responder la pregunta:

-No fui al médico; un amigo mío que era médico, pero ya se había retirado, me cosió la herida, tuve suerte de que la bala entrara y saliera y no se quedará dentro.

A pesar de ese nefasto atraco proseguí atracando bancos dos o tres veces a la semana.

El psicólogo fingiendo que la historia del chico era como otra cualquiera le pregunta lo siguiente, dando por hecho que ya había ido a la cárcel:

-¿Cómo fue la experiencia en la cárcel?

Alex se levanta de la silla y mientras recoge sus cosas para marcharse del lugar responde:

-Sabe, nunca he estado en la cárcel ni pienso estarlo.

El psicólogo alterado responde:

-Ya verá cuando le cuente a las autoridades lo que me ha contado.

Alex suelta una carcajada y cerrando la puerta lentamente sale del edificio. Nada más salir del edificio coge unos auriculares, se los pone y bailando cruza la acera y se dirige a la sucursal que había delante de esta, con una elegancia propia de burgueses abre la puerta del banco, tras dejar salir a una anciana, con pequeños pasos de baile entra en la sucursal.